

EL MOLINO DEL LEVITA, DE ALUMBRES (TÍPICO EJEMPLO DE MOLINO ESPARTERO)

E. Saura Mira

*"Molinos de Cartagena:
¿quién tus aspas va a mover
por los campos de mi tierra
que está abrasada de sed?"*

E. BONET MOLINA

Nos interesa el paisaje del campo cartagenero. Un paisaje ebrio de color rojo que es el que domina su expansión campesina, cerca de sus minas milenarias que le otorgan el gesto mágico de un tiempo histórico que nos remonta a la prehistoria. Nosotros hemos sentido el latir de su paisaje desde los Urrutias a la misma Cartagena, fundida en un vademécum de gestos paisajísticos relacionados con el mar y la llanura, algo que nos delata su entronque con viejas culturas y proclama la expresión festerá de sus gentes dispuestas a mantener su identidad. Sentimos este paisaje fabuloso preñado de hitos históricos, de tiempos enredados en emboscadas de piratería y asombrados ante el evento glorioso pero efímero del suceso cantonalista¹ que, finalmente dio al traste, en 1873, con las tesis mantenidas con sus hijos acostumbrados a un romanticismo henchido de amor y libertad pero no acogido en el conjunto nacional. De todas formas el cantonalismo asimila cierto aire de provocativa manera de arropar fallidas esperanzas en los corazones de quienes parten de un pasado concepto que ya carece de sentido², pero en todo supuesto digno de tener en cuenta.

Sentimos una querencia entrañable por Cartagena y sus cosas, su historia que queda patente en un paisaje solícito a su encuentro y donde sus pedanías, acuñadas

por el espasmo minero, nos asombran cada vez que tenemos la ocasión de acercarnos a ellas, desde El Garbanzal a Portman, desde Alumbres al Llano del Beal. Tierras encarnadas por el flujo del mineral que decanta su potencia en ese tiempo en que éste era demandado por Roma, tanto el alumbre como el pescado sacado de Escombreras, con el que se recreaba el famoso "garum", de tanta alabanza gastronómica y que ahora degustamos en calidad de caldero, en sus playas costeras.

En todo caso andar por estos contornos marinos supone un enfoque nuevo y distinto, nos sumerge en delirantes terrazos de aposentos enrojecidos por el sulfato de potasio y el aluminio... Estas tierras reseca, pisadas por sus hombres abocados a la mina: siniestra forma de ganarse el pan, rompiéndose sus gargantas y además cantando al hambre y a su gente; mantienen el señuelo de su estirpe y son magníficas desde su misma plasticidad, entretenidas por sus senderos de trashumancia pegadas a los casares rotos y arrumbados a sus laminas montículos. Ya fue selecto y rotundo el Cabezo Rajao, de tanta asimilación trovera, pues allí radicó la tribu de los mastianos "Luro", íbera, que se dedicaba precisamente a la explotación del alumbre³, de ahí la denominación de Alumbres Viejos a Mazarrón y Alumbres Nuevos, al

1. M.^a Alice Mediani. "El Cantón de Cartagena" (Est. de H. C.).
2. Nuestra referencia va dirigida al Partido Cantonalista, cuya misión en Cartagena es: "la proclamación de la irrenunciable provincia de Cartagena"... Esta tesis, en la que nosotros no entramos, sigue vigente y la remarca Juan Mediano Duran en su "Coloquio sobre la viabilidad de la provincia de Cartagena". Es un capítulo basado en la nostalgia y romanticismo de una figura llamada Antonete Galvez, de singular factura, pero que no se hace viable en estos momentos, desde luego con todos nuestros respetos al partido cantonalista.
3. Hay una sucinta crónica sobre Alumbres que se va enriqueciendo gracias a estudios. Sirven al respecto la

actual Alumbres, vieja Diputación cartagenera, como tantas otras, poblados vertebrados en su osamenta de vestigios selectos, pueblachos que narran desde su sencillez misteriosa, un letargo de tiempo acostumbrado a la paciencia, pero con una nostalgia santificadora.

Estos pueblachos acurrucados a los montículos del mineral y grieta, pared rota y molino cansino y evocador, nos marcan una huella y menudencia de sucinto acontecer que, sin duda, nos implica en su crónica. Nos damos cuenta que, por contra de lo que indica Senancour, el paisaje de la llanura no es nunca monótono ni nulo; pues adquiere vigor desde su mensaje de simplicidad convenida⁴, de encuadre y poso de costumbres recreadas en la visión ebúrnea del artista. Queda la potencia plástica encajada en el color que provoca el mineral de las sierras deladoras de su marca, del alumbre que sacude la tierra de su rico elemento, tan apreciado, procedente de la mina de Alum, detentada en el siglo XIV por el Infante Juan Manuel, consecuencia de una donación de Alfonso X, de la que fuera despojado posteriormente. Carlos V, en el año 1534 entrega la propiedad de estas minas a Francisco de los Cobos, Comendador de León y Adelantado de Cazorla, concediendo a su vez privilegios a sus pobladores. Francos y pingües beneficios le proporcionó a la ciudad de Murcia estas minas tan amadas por el monarca Sabio, pues incluso su mineral es trasladado a Sevilla debido a que su derivado el "almagra" servía para las pigmentaciones al famoso "tabaco colorado" de tanta importancia en ese momento histórico; lo que supuso una continua exportación del mismo con los prejuicios que ello traía de suyo, por lo que fue prohibida la

misma que, con el paso del tiempo y la presencia de otros elementos sustitutorios hacen desaparecer su importancia, sirviendo, sin embargo, esa tierra en la zona de "Secante", para el relleno de los socavones y hasta hace poco para el enlucimiento de fachadas, algo que se recuerda entre la gente de Alumbres, que le otorga una identidad ineludible, junto con el conjunto austero y plástico de su entorno donde se otean sus montículos, desde El calvario a la Sierra Gorda, con el Monte de la Requena, con su torre defensiva; el Monte de Morales hasta la Parreta con sus célebres minas de la Paz, la Manolita, los Angeles, el Faro o San José, o la más moderna de la Impensada. Todo un paisaje salpicado del embrujo minero que tanto carácter mantiene aún desde sus mismos despojos, pero queda su gesta; la de unos hombres que soportaron tiempos duros, como la de aquellos pescadores preñados en la vieja faena de la almadraba, en Escombreras, antes de que su añoso y bello paisaje bucólico al ras de su famosa Dehesa y zona costera, fuera despejada por el nuevo emporio de tinglado corrosivo que pone tintes de negrura a su ámbito. Pues evidentemente esta zona costera forjaba una entrañable categoría de ademanes y sentaba los cimientos de una economía pesquera, en base al escombro y cabañas, para cuya pesca se utilizaba la vieja forma de la Almandraba en que sus viejos pescadores, eruditos en las artes de la pesca milenaria porfiaban en ella sus vidas y eran sesudos en el arrastre del pescado, tirando de la jábega hasta, finalmente, depositarlos en un hoyo de la misma roca, donde se batallaba para cumplir con su oficio atávico. Allí, en esa crucial y agitada zona, tenían sus barcas los pesca-

obra de Julio Mas referible a la historia de Cartagena. Es curioso un manuscrito de J. Ros y Pedro Pérez, intitolado "Cosas de Alumbres", donde relata crónicas y aporta datos interesantes. Es un documento que ha ido pasando de mano en mano de los interesados por la vieja Diputación de Alumbres.

4. Para el autor citado da una dualidad entre el paisaje de la montaña y de la aldea o de la llanura, éste de baja catadura al entender: "La monótona nulidad del paisaje de las llanuras", en orden a la misma visión que mantiene R. Ford, en sus "Cosas de España", junto con escritores del 98. Nosotros no estamos de acuerdo con tal sentimiento y expresión paisajística.

dores, que conocían los vientos de la mar, que intuían cuándo se debía salir mar adentro o encajar su laborar en la Almandraba. Los más ancianos de ahora recuerdan con lucidez a sus pescadores, como los denominan; al tío “Perico “El Galopín”, los “Grillos”, “Carrascos”, los “Cocheles” y otros muchos que forjaron en este lugar de Escombreras sus vidas, dejando la semblanza melancólica de aquel viejo pescador solitario.

Nos asombra cuando nos acercamos a este espacio de mar y mina, a estos pueblacos abandonados que retienen sus viejos y espléndidos documentos: rostros de caserones, barrios entumecidos por la molicie, restos de aposentos que formaban parte del hacer de un ayer no lejano. Se ayuntan en estos lugares añosas maneras de vida; la marinera y la del minero, agricultor después; tareas de ínclitos personajes que lucieron sus artes en aquellos momentos, que desde época inmemorial tuvieron que enfrentarse a piratas berberiscos que se acercaban a Cartagena en pos de su riqueza, de ahí la necesidad de torres como defensa para evitar el pillaje o la captura de hombres y mujeres. Pero es que en estos siglos XV y XVI, era lógico esta presencia de la piratería en el Mediterráneo, como lo era atisbar galeras e incrementar el número de galeotes⁵ -preocupación suma de Felipe II-, aunque fuera de los incursos en penas propiciadas por resoluciones del Santo Oficio. Pues estas torres defensivas que, a tenor de lo que dice Julio Mas⁶, en 1578 había ocho en la zona contigua a Alumbres: dos en Portman, en el Carmolí, el Garbanzal y en Alumbres, formaban parte del paisaje defensivo costero entre Santa Pola y Cartagena, con la presencia del Cuerpo de Guardías de Costas, integrado por hombres que cubrían sus puestos las veinticuatro horas del día, vigilando la presencia,

en lontananza, de barcos piratas y dando las señales convenientes, tanto de humo si era de día, como haciendo hogueras en época nocturna.

Paisaje robusto este y a la hechura de sus hombres, pescadores y mineros que, a la par, han ido pertrechando filas y abriendo lances épicos en estas esquinas de la vetusta Carthagonova. Pero en todo caso Alumbres deja un entrañable poso de crónicas etnográficas que se adhieren a sus lances históricos, desde su presencia concejil en el año 1813, hasta la intervención de sus gentes en la ocasión del cantonalismo, donde estuvo alojada, en el año 1873, caballería centralista, relatándose anécdotas, hasta que fue sitiada Cartagena por el General López Domínguez. Pero es que este suceso cantonalista, donde se ensalza la figura de Antonete Galvez y sus partidarios, conforma una versión histórica de los pueblos comarcanos en los que se guarda recuerdo y un cierto sabor agrio, que se podría novelar desde una nueva perspectiva. Alumbres asume su tiempo encajado en una vida de trabajo y de misión fervorosa a sus tradiciones en relación con festejos y modos de existencia, desde la sumisa trashumancia a la recogida del mineral en la sierra, lo que hacían en los célebres “carros gordos” portados por cuatro bestias, algo que evocan con nostalgia los lugareños; como la menudencia de otras labores en orden a herrajes de carros, en los apeadores, pues había herraderías y talabarderías en los Partidarios y en el Portazgo. Tierra esta enroscada en la presencia del mineral; sus hombres aún cantan y se cuidan de sus viejas enfermedades, mientras los más jóvenes huyen a la capital con mejores salarios, aunque tienen con orgullo lo de que sus abuelos eran mineros y pescadores, que sus antepasados recreaban el garum que, una vez dispuestos en los bancos de sal y metidos en

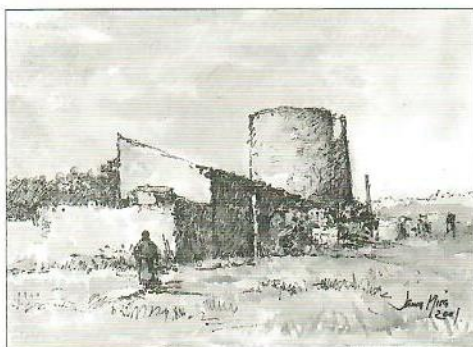
5. El galeote es un personaje típico y necesario de la España del siglo de Felipe II y que se está poniendo en la mesa de los investigadores actuales.

6. Vid su obra sobre la historia de Cartagena.

ánforas, trasladaban a Roma, otra faena como la de pescar en la Almadra que había en Escombreras. Porque toda esta costa era fabulosa como lo era no hace muchos años, cuando la gente acudía a la playa de la Peraleja, a cuya mayoría trasladaba en carro el tío Gil, dueño de uno de los molinos harineros, al que le gustaba jugar a las cartas y de vez en cuando meterse en algún lío, empifonarse y rondar en francachela para despreocuparse de su lánguida vida, aunque eso sí, formaba parte de las Cuadrillas que en tiempos litúrgicos salían a cantar, en época de Navidad o de Animas. Todo este argumento costumbrista forma parte del tiempo reencontrado de Alumbres, donde hay que acudir expresamente para rozar su contenido estético: otear el paisaje que comprenden los dos viejos molinos que se levantan sobre lomas respectivas y que conforman su autenticidad. Después hay tiempo para atravesar su calle mayor, dejar el clásico puente y su iglesia de San José, que dividía sus barrios y seguir hacia el paisaje caleidoscópico de Escombreras, para vislumbrar, a lo lejos, los humos encenizados de sus moles o torres plateadas, que arrojan, desde sus entrañas, todo el deshecho de la Refinería. Pero este es un mundo y enfoque distinto.

EL MOLINO "DEL LEVITA", DE PICAR ESPARTO

El tema de la molinería regional murciana es sumamente interesante, aunque referida a los molinos del campo cartagenero que son aquellos monumentos que encontramos en nuestra niñez, molinos de vela latina que ondeaban al viento de levante o en los lebeches famosos de la playa de los Urrutias, cuando, desde la porchada amplia de mi infancia y sentados en sendas mecedoras, los mirábamos mi abuelita y un servidor en aquellas desaparecidas tardes, largas y cálidas del verano. Contábamos hasta siete molinos con sus velas de cuento rozando el horizonte



El Molino de Levita (Alumbres).

ancho de un campo de tierra roja, de alumbre, antes de que se llenara esta tierra virgen, de chalés y se tumbaran los botalones y palos de aquellos sucintos y fieles gigantes, cuya tarea era la de, con la potencia del viento, elevar el agua a los banales resecos de sus agricultores, que entre la mar y la tierra buscaban el pan a sus familiares. Formaban parte de aquellas vivencias de niñez cuando, con un biscuter nos trasladábamos, mi tío y quien esto escribe a la playa urrutiense en el mes de Junio. Entonces no había luz eléctrica y nos teníamos que alumbrar con el quinqué de petróleo. En esa época se conjugaba la ilusión con la delicia de la naturaleza y se ayudaba en el paisaje un estilo romántico. Aquellas sendas, tierras encarnadas, piteiras y chumberas cercanas al Carmolí o en el llano del Lentiscar, con sus entonces recios molinos sin destrozos, han formado parte de mis más prístinas impresiones estéticas junto con el ritmo de las barcazas de los pescadores de la playa, con sus velas latinas surcando el Mar Menor, fijos los ojos en los islotes cercanos. Sensaciones ya arcanas conjugadas con juegos y peregrinaciones al Pozo del Miedo, a la Unión y al Charco de la Vaca, sin olvidar las acústicas meriendas por la orilla de la mar para recoger chapinas y con ellas pergeñar los clásicos rosarios o pulseras que se las entregábamos a nuestras novias veraniegas. Todo un tiempo de

potencial rústico, cargado de maravillosas atracciones, como de rutas por los molinos de viento, recreando la singular factura que poseían los viejos pero entrañables y bellísimos molinos de la zona de los Cayuela, con la desvencijada ermita de Moloy propiedad de los Cuenca. Todo un paisaje henchido de honda tradición y de cientos de recuerdos que me llevaron, en su día, de ello hace más de treinta años, a escribir una novela que conservo manuscrita, y con el título "Unas vidas", he encontrado en el fondo de uno de los cajones de la casa de mis padres, y que guardo ahora entre otras carpetas llenas de dibujos y líneas, porque conserva ese amor que sentía en aquellos años, por esta tierra: sus surcos y los labriegos que, pese a todo, seguían aguantando en sus mansiones destartaladas, amputadas por el paso del tiempo y donde el orgulloso molino de sacar agua formaba parte de su entorno. Era la pieza magistral que imponía y en sus ruinas y llagas se delataba la consagración que hacían a sus ancestrales faenas, benefactoras de la bonanza agrícola, de ese buen labrador que dedicaba sus esfuerzos a trajinar sus bancales, sembrarlos de pimenteras y de algodón, en tanto que otros se dedicaban al pastoreo. Pero aquella tierra, aquel paisaje estaba pleno de vida agrícola y con las típicas casas de labriegos. La semblanza del molino con su velamen, estallaba y era orgullo y remanso de paz, cita indudable para poetas y pintores que acudían a su cercanía para trazarlos y forjar el lienzo costumbrista adecuado, con la figura del agricultor o del molinero poniendo la guía a la sazón del viento de la mañana o tarde⁷, precisamente al atardecer me encaminaba solo o acompañado hacia estas siluetas atractivas, cercanas al Carmolí, o utilizan-

do senderos lechosos de El Algar. Poblachón empastado en sus edificios modernistas, surcaba un itinerario inédito para dar con estas moles y estampas típicas que se dejaban aposentar en la zona de los Beatos, hacia barrios cartagenos que ponían gracia y rubor a sus últimos molinos con sus torres deshechas, sin los aparejos necesarios: aquellos que el mismo campesino relataba en sus coplicas o cantaban los troveros, emulando al de la Palma: el trovero Marin, porque el trovo y la canción minera se confunden aquí para dar su señal de identidad. Molinos estos desgarrados, amputados, deslucidos, antes de que los "Amigos de los Molinos" pusieran en ellos sus afanes por salvarlos. Pienso que esta llanura antológica y mítica, mantiene, pese a todo, su capacidad por revivir el enjuague de sus pasados ritos agrícolas, retomando la castidad y gloria de lo que fue y de ahí la serie de estudios sobre la molinería y su empaque desde diversidad de lecturas, lo que dignifica su garra y pertinaz ilusión por aglutinar el pasado y el presente. Mis rutas últimas por este paisaje cartageno, buscado y sentido, me lleva a francas desilusiones ante la parquedad de miras por alentar la reforma de sus molinos dedicados a sacar agua, harineros y los típicos salineros que se desgajan y olvidan. No por nosotros, que defenderemos a capa y espada estos monumentos, aposentos que reflejan un tiempo fértil y pleno de alegría vital. Torno a sus siluetas como enfervorizado y hambriento de sus tonalidades místicas, sagradas que se ajustan a sus leves piedras desnutridas, porque acercarnos a uno de ellos, por el perfil que se dé puede provocar cierta melancolía, una frustración aniquiladora en los ausentes del Lentiscar, en los recios y vetustos de la Palma, o en los

7. Desde crío me he educado en el paisaje del campo cartageno, cuando acudía con mis padres a veranear a los Urrutías. Salía con mi padre Saura Pacheco a pintar los molinos y surcábamos espacios maravillosos. Desde entonces radica mi pasión por estos viejos ejemplares que forman parte de mis paisajes preferidos, de mis sentimientos más entrañables y que me llevan a la conclusión de que el paisaje, como dice Amiel es "un estado del alma".

olvidados de Alumbres, y otros parajes de baldíos páramos.

Pero volvamos a nuestra zona inicial y desempolvemos arcanos, tracemos gestos en un paisaje desolado pero penetrante, soberbio para la pintura desde el color mineral y apabullante: rojos y matices ígneos que se ayuntan en las fachadas de las casas rudimentarias de sus poblachones. Estos se convierten en paradas agitadas y nos asombra charlar con el viejecito que apenas recuerda, o que nos ilustra de una anécdota minera, cerca de La esperanza, o en el mismo Alumbres, distraído con otros problemas que se le cuelan sin cesar. Bajando por este paraje y según nos cuentan los más venerables, se oteaban los tres molinos que radicaban en el pueblo, en Alumbres, y que según un manuscrito inédito: "... nuestros antepasados iban a que se les molieran cereales, y posteriormente y una vez desmembrados, solían ir a picar esparto en las rotas muelas que junto a ellas quedaban..."⁸.

La verdad es que nos hemos acercado a este típico y entrañable lugar dándonos cuenta de su estigma y su contenido, como surgido de un grabado de pintor costumbrista, donde la tierra roja aún queda depositada en el entorno de sus tierras y enlucen las fachadas de sus casucas. Nos adentramos en el interior de Alumbres y notamos la densa y escueta estructura de sus acopios, una vez que atravesamos su calle mayor, que antaño lo dividía en dos barrios antagónicos, pero nos interesa acercarnos a sus torres añosas y encaramadas a una loma, lo que en los lugareños se denomina "Montesico" del Tío Gil, en la zona de Zaraiche, en cuyo espacio habitaban familias gitanas que dieron garra y tipismo al mismo, merodeaban por allí con la característica del pueblo gitano, una serie de figuras que entonaron y dieron lustro al lugar, y que recuerdan los más ancia-

nos, como el célebre Tío Jeromo y la Boza cuyo único medio de vida era la propina, entre otros cometidos de subsistencia.

Lo normal de la función del molino cartagenero es la de ser de cereal, con una maquinaria apropiada para ello y donde el molinero se cuidaba de su engranaje, lo trataba con el mimo adecuado para que le durasen las piedras molares que trituraban el cereal, para el desgaje de sus granos que se caían por un canalillo preciso que, posteriormente se recogían en sacos y se llevaban a sus destinos. El molinero de este campo era un erudito en saber hacer y en utilizar las piedras, evitando su desgaste, por eso los molineros realizaban una tarea típica para "cartear" las piedras, y poder mantener constantemente su equilibrio para ejercer su función, ya que en caso contrario existía la tradición de arrojar las piedras, lo que era más cómodo. Todo lo referente a la molinería cartagenera nos interesa junto a la actividad que el dueño del molino, sabedor de máquinas, ostentaba en su derredor, así como su buen comportarse y saber extraer la calidad del cereal para sus afanes comerciales, pues de eso subsistía con su familia y daba excelente cobertura económica a la ciudad en los pasados siglos.

Nos interesa e inquieta todo lo referente a los molinos del campo cartagenero, a los que les hemos dedicado algunas reflexiones y trabajos. No sólo desde su aporte estético, incuestionable; algo que le marca un gesto romántico al paisaje, junto con otros de contenido etnográfico y que vamos tratando a nivel de campo. Conocemos las tres clases de molinos. Sin embargo hay que anotar un nuevo molino con una función distinta: la de picar esparto o espartero. Este molino es el llamado por el lugareño de Alumbres, Molino del Levita ya señalado, pues junto a éste hay otro molino de carácter harinero y que por el nombre del

8. Nos referimos al citado manuscrito de Ros y P. Pérez, que sin duda aporta una serie de datos dignos a tener en cuenta, en base a recuerdos y vivencias de sus autores. Un manuscrito que se me brindó por la simpatía y amabilidad de sus familiares de Alumbres.

molino de la Señorita se le conoce. Sabíamos de la existencia de un molino de picar esparto en Alumbres a través de las palabras de Carlos Romero Galiana⁹, señalando en el prólogo al libro de Aguera Paredes¹⁰: "Tenemos noticias, por tradición oral, de la existencia de un molino de picar esparto, el molino de Paco el del garabito, en la pedanía de Alumbres".

Esta tesis nos induce a una serie de reflexiones entre ellas la de que esta zona era considerada en la antigüedad como "Campus espartarius" cual nos lo indica Plinio como Strabon, tanto en su "Naturalis Historia" del primero y la "Geografía" del segundo, historiadores que nos muestran la enjundia de este producto y su presencia en Cartagena, en la zona del Sureste, como su proceso y utilización en determinados enseres; desde la vestimenta a la cestería y acopios de índole minero, o de franca utilización en la marinería en razón a la realización de redes, etc. Otra cosa es indagar desde el aspecto histórico la presencia de este elemento que sustituye al lino, como su impacto en la presencia de las guerras púnicas en Hispania, dejando a parte su origen en la cultura argárica, cual se demuestra por eruditos arqueólogos, estudiosos de nuestras cuevas y su profusión en la utilización de la "Stipa tenacissima", planta mágica que a modo de junco crece en la tierra reseca y árida de nuestra geografía surestiana¹¹, capaz de improvisar y dar constancia de infinidad de posibilidades en su utilización manual, en orden a objetos de la vida diaria del hombre, habitante de esta tierra. Y es que el hombre desde sus momentos más elementales, cuando advierte la necesidad de entablar una relación vital con su entorno, se interesa por el mensaje que la misma naturaleza le presenta en la serie de plantas y

elementos capaces de compartir con él su hábitat, de envolverse con su huella y recrear al mismo tiempo todo un elenco de piezas basadas en los aportes naturales, en este caso la palma, el esparto, perfectamente ahormado en las lías y preparado con el agua marina sabrosa en sal, según la expresión documentada de Plinio, para después pergeñarse, por la acción del arte manual, en la serie de objetos que se han venido utilizando desde el vestido, el calzado o la cestería y una infinidad de enseres que hoy quedan resguardados en Museos y que sirven para apreciar ese espacio mágico y estético; utilitario y vernáculo de unos hombres que, desde esta tierra enclavada en la vieja Mastia íbera, Carthagonova romana, Cartagena robusta y singularmente marcada por su gran cultura mediterránea; sintieron necesidad de la utilización de este elemento para adaptarse a una vida en relación directa con la tierra, recogiendo la planta en la profusión de los Cabezos que bordean el lugar, creando una forma entrañable de integración comunitaria, enlazada a una serie de actuaciones que van desde la recogida de esta planta a la llevada al molino, en condiciones para ser picada, lo que se hacía en el interior del molino del Levita. Buscando este ejemplar molino hemos tratado de contactar con gentes de Alumbres Nuevos, con el empaque y potencia de su paisaje, donde anida un hervor enjundioso por realzar su patrimonio, más aún cuando su paisaje es original y oriundo; muestra su vigor antañón y señala pautas para enfrentarse a su futuro. Estimamos que el paisaje ha de defenderse y nunca domeñarlo al antojo del hombre, pero sí manteniendo sus credos y argumentos prístinos; lo demás es ahuyentar su casta y meternos por edículos sofisticados que desorientan el ambiente y distorsionan su esplendor.

9. R. Galiana da referencia del molino, posiblemente con el nombre de su anterior dueño.

10. CATALINA AGUERA PAREDES. "El Molino cartagenero" (E. Mediterráneo), aporta datos técnicos, junto a la referencia de una serie de molinos cartageneros y su necesidad de restauración, muy interesante.

11. "Carthago Spartaria". J. GARCÍA DEL TORO (Murgetana. LVIII -1980).

De ahí la presencia de este molino encumbrado en la cima del celeberrimo "Montesico del tío Gil", al que nos acercamos para vislumbrar sus rasgos y mantener su verosimilitud.

Nos gusta mirar y evocar lentamente la silueta de la torre que se yergue en su altozano a la que el sol de la tarde le pinta colores carnosos, mientras apenas se escucha, a lo lejos, voces de críos jugando y no precisamente a los famosos juegos del "caballito" y otros que formaban parte de una sociedad muy alejada de la dislocación actual. Desde lejos se otea el paraje robusto y con tintes de acuarela que deja entrever unos grises en el horizonte, delatándose una llanura ebria de sendas de polvo que conjugan con el recio encarnado del famoso mineral, que dió encanto a la diputación.



El Molino la Señorita (Alumbres).

Cercano al molino aparece otra torre en su fantasmal episodio de monumento que reclama nuestra mirada, ajustada a un camino viejo que se encarama a una cima. Nos dicen que corresponde al molino de la "Señorita", situado junto a una recia y formidable casona con arbustos resecos que informan que hubo franca y entrañable vida en su interior. Nos impre-

sionan sus piedras blancas y los huecos que dejan entrever un montón de detritus en su hueco, donde habían de estar las piedras molares. Pero es que ni siquiera se dejan ver alguna que otra estrofa de sus piezas básicas que, indudablemente daban garbo y belleza al molino con el chapitel y los palos que sustentaban las velas. Eso sí, su ruina es asombrosa y buscamos su encuadre desde diversos puntos, porque la tarde deja color cansino, como de esmalte, en su recia figura y por sus costados se asoman las clásicas chumberas que proporcionaron desde hace siglos las delicias de los habitantes, amén de ausentar las hambres en tiempos de necesidad, pues había una forma de recoger los higos chumbos: ese fruto exótico que se guarda en el interior de una caperuza de pinchas, como custodiando la magia de un fruto de extraordinario sabor. Esa dulzura que cobija sirve para emular a los nuevos judíos o "sabras" que se dicen, son agrios por fuera y dulces en su interior. Según nos cuentan los del lugar y hemos leído, en momentos de hambruna se reunían los célebres "corsos", tres o cuatro amigos que burlaban la vigilancia del dueño de las chumberas y después se repartían los exquisitos frutos como buenos hermanos.

La típica chumbera y la pitera con sus puntiagudas hojas se imbrican en este paisaje de sierra y esparto, de mina y de molino, como dejando la única realidad de su identificadora casta que, en cierto modo es la nuestra y la que hemos de recopilar y defender desde sus esencias.

Nuestra investigación desde el mismo paisaje nos lleva a conocer a una serie de personajes¹² que nos van ilustrando, aunque en ocasiones parcialmente, además de provocarnos otras dudas, pues la verdad es que nadie –los más ancianos– nos dan pistas sobre Paco el del Garabito, aunque

12. Desde estas páginas damos nuestro agradecimiento a numerosos personajes de Alumbres que nos han atendido amablemente, entre ellos a Pencho Hernández y sobre todo a don Patricio Mercader, quien junto con su hijo Ginés Mercader, están realizando una gran labor en pro de estos molinos, en especial el del Levita de Alumbres.

sí nos sitúan en la presencia del Molino del Levita como único molino de “picar el esparto” en la zona cartagenera. El mismo Pencho Hernández¹³, persona jubilada, habitante de la pedanía y muy interesada por su paisaje y crónica histórica, un hombre amable y atento con nosotros, recuerda épocas lejanas de su vida cuando se dedicaba a la recogida del esparto, evocando aquel cuadro costumbrista en el que las mujeres les indicaban que: “iban a llevar el esparto al molino”, para proceder al picado del mismo, lo que nos sitúa en los años cincuenta del pasado siglo. Nos dice que se recogía en la Sierra Gorda, aunque también lo solían traer de Hellín y una vez aquí lo trabajaban los pleiteros, cada uno en sus casas. Esta era una típica labor junto con el aporte anterior del mineral.

La tesis de que una vez desvencijados los molinos, sus piedras servían para hacer el picado del esparto, puede no ser cierta, ya que en realidad se procedía a ello en el molino típico del Levita, cuya silueta, tan sólo de una torre terminal de piedra, se levanta en el centro del “montesico” aludido, junto a unas casas que sirven de vivienda y un cuchitril que afea el conjunto. Dominado desde lejos, a la cara posterior, se domina un hermoso paisaje donde se intuye la grandeza del viejo molino que contuviera en su momento esa magna y extraña maquinaria adecuada para el proceso de “picar el esparto”, una vez preparado anteriormente y que servía a sus artesanos para la recreación de unos objetos muy buscados por propios y foráneos, interesantes para el conglomerado de una vida agrícola y minera.

DESDE EL MOLINO DEL LEVITA: EVOCACIÓN DE UNA VIDA PASADA

La tarde de Mayo, primaveral pero con tintes invernales nos adentra en este campo con nervaturas rojas, propias de su

asentamiento mineral. Nos encontramos con Alumbres Nuevos contaminado por el hollín de la blasfema fábrica depredadora, pero nada podemos hacer y ni siquiera damos lances para su exterminio. Esto es algo que provoca dolor y lágrimas entre sus habitantes. La referencia de ello daría para rasgarnos el alma con los nuevos conjuros eficientes y que nos indican la necesidad de sosiego y de salud del ser humano que, entre otras cosas, tiene derecho natural y convenido a sentirse dichoso en su propia tierra. Que los políticos busquen y se empeñen en diatribas factibles; puesto que son hombres consagrados a sus peroratas, porque lo nuestro es verter sentimientos y dejarnos llevar por la belleza del lugar. Alumbres Nuevos merece nuestro encomio y defensa a ultranza, aunque no sea más que desde la humildad de quien esto escribe, pero es que todo este paisaje reclama asiduamente nuestra consideración y esto a un nivel, tanto pictórico como de índole etnográfico. Creemos que el paisaje es la mueca del hombre que lo habita, que lo vive y se deja llevar por su templanza; que a su vez asimila la enigmática esencia de sus pasadas generaciones: aquella manera de vida agrícola, encajada en una tarea de máxima rusticidad, desde el aporte del molino que era su instrumento de trabajo, sobre todo a partir del siglo XVIII, que es la época en la que se documenta -en general- la presencia de los mismos, como relato de un hacer dentro de la práctica de la molinería cartagenera. Pero es que a su vez, en estas viejas efigies atisbamos una relación directa entre el hombre y la naturaleza, muy del siglo de las Luces, que persiste hasta mediados del siglo XX.

Alumbres retiene su hábito milenar de mágica urbe con una vocación defensiva y que, desde su encuadre original, es apetecida por extraños y propietarios de sus empa-

13. Pencho Hernández es autor de un sucinto estudio de la iglesia de San José de Alumbres, persona ilustrada y que nos atendió con suma amabilidad.

ques mineros. Pero también ha vivido de la abundancia de la planta de la familia de las gramíneas, como es el esparto, material tan rico y eficaz como la vida misma de su habitante. Pero en Alumbres se adapta el alma del paisaje a la forma de su expresión misma, relatando el signo de una existencia que se gesta entre la mar y la montaña mineral. Enlace entre las manos del artesano y la pleita recia cogida en la cima del monte de la Cabrica, del Cabezo Gordo, de los cercanos pintados de almagre, dejando el seco para recoger en sus tierras la pinclada roja de los enlucidos de sus fachadas, tan graciosas y básicas. Tierra esta, milenaria de chumbera y esparto glorioso, rubricando el encanto de su artesanal cometido, desde la misma eficacia de sus esparteros, que secundaron tal apodo, una inmensa mayoría de alumbrenos.

Paisaje calado en la nomenclatura de una tierra mineral y prehistórica; conjetura de raíz y de misterio aguantando los siglos de su nobleza, pero retenida en el aislamiento de sus hombres inflamados por el deseo de compartir el heroísmo silente, que se encerraba en el interior de sus minas, tan hondas como su cante de gargantas doloridas. La recogida del esparto agudiza el ingenio, y comienza el esquema de un saber hacer en esta actividad muy decimonónica, pues se sabe que esta faena se hacía a modo de trineo, donde el mozo acicalaba previamente a los seis perros dispuestos a transportarlo hasta la altura del Cabezo para, una vez hecho el trabajo, tornar de nuevo a sus casas, lo que le planteaba una silueta típica y costumbrista que ya forma parte de la cultura popular de sus habitantes, sobre todo de los más ancianos, que con sus ojitos limpios nos van describiendo este hacer, incluso aún sienten el rumor de la vuelta del trineo y la alegría de traer repleta la carga de esparto. Desde el material era fácil ajustarlo al objeto preciso, era útil la manera de pergeñar el "vencejo" o

cordel para atar los haces de mieses, desde la faena de la siega, o enlazar las "sariás" y echarlas a las espaldas de sus pastores y ovejeros. Se trenzaba la pleita con suave delicadeza para forjar el "margual" y ponerlo cerca del hogar. Pero era importante trabajar con técnica el llamado "portón" (portones), típico para el minero, pues hacía uso del mismo con asiduidad: especie de cajón redondo cuyo interior se llenaba del mineral que se extraía de la mina, aunque se utilizaba en muchas otras, para lo cual estaba integrado con dos asas en las zonas posteriores, con abertura para vaciar el mismo. Que esparteñas y merenderos eran otras formas de trabajar en tan excelente planta.

Claro que ello se gestionaba una vez que estaba suficientemente picado el esparto y preparado con antelación. Por eso sus expertos y ancianos artesanos del esparto aducen, que previamente al picado se realizaba un proceso de preparación, consistente en suavizarlo mediante su enterramiento en agua y se disponía bajo un estercolero para "terminarlo de cocer", lo que lo facultaba para definitivamente portarlo al molino espartero del Levita.

Nuestro interés por este documento etnográfico nos lleva a entablar diversas relaciones con personas inquietas por el tema, entre ellas con Isidro Ginés Conesa, autor de un libro inédito sobre Alumbres y estudioso de su molino espartero, quien nos indica que según sus investigaciones el Molino del Levita, al que nos referimos, es el único molino de "picar esparto" que existe en Cartagena y que data de los primeros años del siglo XVIII¹⁴. En un principio la solicitud era para su dedicación a faenas del cereal, pero que se convirtió en sustantivamente espartero. Mantenía toda una interesante maquinaria interna de la que desgraciadamente nada queda, ni se han recuperado piezas que podrían ser de gran valor etnográfico por su originalidad, y

14. "Historia de Alumbres" (?).

tampoco existen fotografías sobre aquéllas, como hemos podido indagar. Según nos indican los de más edad la maquinaria interior se integraba por piezas enlazadas a las piedras básicas del molino, la del Aire y Catalina que forjaban el tramado, en orden a las aspas movidas orientativamente y donde los mazos salientes, accionados por un entramado, gestionaban el picado del esparto que, una vez de esta forma se dedicaba por los esparteros a pergeñar los diversos utensilios que eran tan demandados por agricultores y mineros.

NECESIDAD DE LA RESTAURACIÓN DEL MOLINO

El paisaje del campo cartagenero padece de una enfermedad que se llama apatía y tan sólo quienes se consideren amigos del molino de viento y de sus tierras encarnadas, adormecidas por el rumor de los siglos que las vieron nacer y trepidar desde la hondura de sus cavernas, rociadas por el sudor milenarío del minero, como personaje gigante y coloso de su trabajo; podrán luchar para que se vitalicen sus monumentos, al igual que van tomando cuerpo y vida sus más venerables piedras que se ubican bajo los estratos continuos de su historia asumida por las distintas culturas que llegaron de la mar. Esto es precisamente lo que un grupo de intelectuales y apasionados por el terruño, por Alumbres y su contorno, vienen realizando en defensa de sus tradiciones, que están enraizadas en el corazón de sus habitantes, anidan en sus piezas ajustadas de sus montes henchidos de un poder muy atrayente, en sus Cabezos y parajes que fueron otrora la cita de las más entrañables atracciones, cuando el monstruo de la civilización todavía no había irrumpido en su espacio para desentonar y clavar sus dentelladas contaminadoras, en su mejor y más casto paisaje.

Se perdieron aquellos momentos de los viejos pescadores que desde Escombreras acudían a recoger el sabroso pescado que le diera fama a Cartagena, en época de

Tiberio, como los trajines de la pesca en la Almadraba, que se fueron mar arriba, como sus viejos y gloriosos pescadores. También se ausentó la vieja Dehesa, que en el siglo XVI bordeaba este insólito paisaje, entre la mar y la tierra minera; porque el devenir histórico sigue su curso irrevocable y no se interpone ante sentimientos y otras afinidades. Ahora queda su crónica hundida en los archivos, evocada por el poeta y cantada por el dolor del trovero avieso y seguro de su don natural.

Creo que aún no se ha tratado a fondo este hermoso lenguaje del trovero del campo cartagenero, su empaque y dimensión humanística basada en su nobleza del alma. En general el hombre de Cartagena, el que habita en el campo está henchido de una serie de valores de los que algún día trataremos, debido a nuestros contactos con este "hombresico" que fue pescador, que habitó en los Nietos y la orilla del Mar Menor, que conoce todo el intrínquilis de las artes de la pesca desde la Almandraba a la pesca del magre por el sistema de aprisionarlo, en evitación de que coma y de tal guisa estar más enjundioso, como otras maneras de la puja del pescado y de cuitas en los haceres costumbristas de los pescadores que han ido creando un hábitat y un carácter típico que tiende a desaparecer. Lo trataremos en numerosos trabajos en los que buscaremos el alma del hombre popular cartagenero, desde nuestros contactos por su paisaje.

Nos gusta ver los molinos con su piedra prístina, ya que se pergeñaban "piedra a piedra", con la sultura de su maestro alarife dieciochesco, que estaba habilitado para su construcción y después el experto en maquinaria interna y externa forjaba sus elementos, desde sus palos a las ruedas interiores que eran las que mantenían el proceso de la molturación de la harina, entre otras funciones. Sabido es que a mediados del pasado siglo prácticamente se fueron perdiendo y nos encontramos con un muy depauperado paisaje molinero

a lo largo y ancho del campo de Cartagena. Evidentemente se está llevando a cabo una restauración de la molinería, como dice Catalina Aguera, en las diputaciones de Pozo Estrecho, Perin, la Palma, la Puebla y Santa Ana, algunos de los que se han restaurado y que nos dan buena sensación, en lo referente al enlucido con pintura a la cal, una vez picada la piedra y maestreada con mortero de cal y arena.

En nuestra ruta, a veces al azul de nuestros sentimientos, nos encontramos con torres de molinos convertidos en palomares, como en el de la Finca de Pruneda, de los Martínez del Puerto, pedanía murciana que se acicala con su templo y un renovado paisaje agrícola y donde la construcción aporta rasgos de un postmodernismo muy del siglo XIX, en base a la torre defensiva de tanta eficacia ante embestidas de una piratería de los siglos XVI al XVIII. La conversión del molino del cereal en torre palomera puede ser un recurso siempre que se acicale convenientemente y no se cieguen sus elementos básicos. Queda sugerente y potente la vieja torre del molino ya ausente de sus funciones en la orilla del camino de polvo, por donde se llega a banales o invernaderos que sofistican el paisaje. El molino da una señal y aporta su memoria en un paisaje reseco y necesitado de agua que se recupera a motor. Parecido es el caso de la piedra laminar magnífica y en su más extraviada ruina del que fuera Molino de la Señorita, cercano al espartero de Alumbres, y que debiera restaurarse pues se encuentra en una situación muy singular y con un paisaje denso y místico, a la vez, un paisaje sonoro y con énfasis anímica.

ASOCIACIÓN CULTURAL LOS ALUMBRES NUEVOS (ACLA)

Digna de toda loa es la Asociación Cultural "Los Alumbres Nuevos" nacida

de la ilusión de unos alumbreneños encantados con su contorno, con su paisaje y sus molinos. La tesis magnífica es la de recuperar el molino espartero del Levita que hoy surge como silueta de algo imperecedero, como imagen de una identidad que tuvo aquí su empaque y que es preciso defender.

Don Patricio Mercader presidente de la Asociación vecinal de Alumbres, persona sencilla e inquieta por su entorno, nos indica el origen de esta Asociación "ACLA", tildada por el amor de unos románticos que sienten el renacer de la pedanía cartagenera a través de la restauración del viejo molino. Se intenta dar consistencia desde la auténtica forma de restaurar, a la efigie del molino que se encarama en la cima del "Montesico del tío Gil", mostrando la auténtica silueta con el chapitel y el botalón, junto con los ocho palos. Creemos que es interesante pergeñar la íntima maquinaria sobre la idea de su funcionalidad, recreando, mediante su estudio artesanal, toda la estructura que configuraba su tramado, en la serie de piezas originales y utilizadas para "picar el esparto"; lo que conjugaría, pese a las dificultades posibles, todo un argumento serio de la paternidad del mismo, mostrando su hacer y funcionalidad más encomiable. Evidentemente que poder mostrar al oriundo y forastero todo el engranaje de la maquinaria, daría un significado digno y oportuno para su mantenimiento junto a la oportunidad de volcar el estudio sobre este molino de indudable valor etnográfico que marcaría un programa de investigación. Esto es indudablemente algo que puede marcar una pauta y sensibilizar la conciencia de quienes aman a su tierra, sus tradiciones y saben mirar y deleitarse con el rostro añoso de sus cosas¹⁵.

15. Interesante es esta Asociación. Nosotros nos hemos interesado por la misma y hablado con sus miembros fundadores y colaboradores que se entusiasman por hacer latir su sentimiento, entre ellos tengo el honor de conocer a Isidro Ginés Mercader que es quien, sin duda ha impulsado esta idea.